

APROXIMACIÓN CRÍTICA A *APRENDIZ DE HOMERO* DE NÉLIDA PIÑÓN

Ascensión Rivas Hernández

(*Universidad de Salamanca*)

La obra de Nélida Piñón es siempre un lugar de encuentros. De encuentro con una autora cercana que ha conseguido tender lazos entre América y Europa; de encuentro con otras literaturas, con otros tiempos y con autores fundamentales para entender el imaginario cultural de occidente; de encuentro con personajes imprescindibles para el lector y con los secretos de la lectura y la escritura; de encuentro con la voz de Iberoamérica, y de encuentro, en definitiva, con una mujer que vive intensamente lo literario y que lo hace aflorar por todos los poros de su piel.

En *Aprendiz de Homero* Nélida Piñón se proclama con humildad seguidora de las enseñanzas de uno de los autores fundacionales de la cultura occidental: “Me sobran razones para reclamar el legado de Homero y confesarme su aprendiz”, proclama a los cuatro vientos, y esta afirmación se convierte en el eje en torno al cual gira su pensamiento, en compendio de toda una vida dedicada al oficio de la escritura, en legado para sus exégetas y en elemento esencial de la obra. De hecho el último ensayo aporta el título general al texto, lo que no deja de ser significativo por el carácter circular que ello imprime al mismo. Así, entre la cabecera y el final, que coinciden exactamente, se recogen las distintas reflexiones, enmarcadas todas ellas dentro de ese hilo conductor genérico que representa la profundidad de una cultura y la humildad de quien no tiene reparo en considerarse “aprendiz”.

Aprendiz de Homero recoge veinticuatro ensayos en los que la autora reflexiona sobre la escritura en general y sobre los autores de los que ha sentido un mayor influjo, pero también sobre asuntos clave de la realidad que le ha tocado vivir, de la realidad brasileña, de la realidad europea o de la realidad del hombre y de la mujer de su tiempo. En la obra asistimos a la presencia todopoderosa de un “yo” dominante, a través del cual se percibe y se filtra la realidad. Todo pasa por el tamiz que la personalidad de Nélida Piñón impone. Ella es alfa y omega, el principio y el fin. Cualquier asunto se define desde su peculiar punto de vista, que es amplísimo, y todo lo que cuenta se concreta o se

describe desde allí. A pesar del número de ensayos recogidos, y de los asuntos variados sobre los que tratan, es posible deslindar algunos motivos que se convierten en recurrentes y que reflejan el imaginario de la autora, aquello que le preocupa y que se ha convertido en referente de su pensamiento y de su reflexión sobre la literatura y la realidad. Porque además la obra, hay que decirlo ya, supone el compendio del pensamiento literario de la autora, el crisol en el que se funden sus diversas facetas y los temas que han ido apareciendo en su escritura a lo largo de los años.

Hay en la obra de Nélide Piñon una presencia ubicua de la literatura, pero no de una literatura circunscrita a su Brasil natal, sino de otra de carácter universal que domina todos los tiempos y espacios, que va desde Homero hasta Vargas Llosa, desde Virgilio hasta Carlos Fuentes, desde la Grecia clásica hasta la España barroca, desde Francia hasta Brasil. En este sentido, en la obra aparecen continuas referencias a autores de diversas culturas: a Cervantes, a Joyce, a Proust, a Flaubert, a Dostoyevski... A veces son solo meras alusiones, pero incluso entonces se aprecia el profundo conocimiento que de ellos tiene la autora brasileña y, lo que es más importante, su capacidad para situarlos en la corriente universal de la historia literaria, un río en el que todo fluye y se encadena. La literatura se presenta, entonces, como patria común de la humanidad, como lugar de encuentro para todos los hombres y mujeres del mundo, como espacio franco donde cualquiera se siente cómodo porque es bien acogido, independientemente de su lengua o de la civilización a la que pertenece, porque la cultura de la que se habla en la obra sobrepasa todas las fronteras espacio-temporales. En este sentido Nélide Piñon proclama lo siguiente:

“En este crepúsculo de la historia humana, nos consuela vivir a la sombra de Homero, de Virgilio, de Cervantes, de Camões, de Jorge Luis Borges, de Machado de Assis.” (*Aprendiz de Homero*, Madrid, Alfaguara, 2008, p. 90)

Dentro de los autores predilectos, y dejando a un lado a Machado de Assis que responde a un concepto de paternidad literaria y por el que la autora siente especial devoción, en el imaginario de Nélide Piñon destacan dos escritores contemporáneos, fundamentales del arte moderno de novelar. Se trata de Carlos Fuentes y de Mario Vargas Llosa, con quienes Nélide, además, comparte amistad. En “El rostro de Carlos”,

capítulo dedicado al escritor mexicano, se ensalza la figura de este escritor y se analiza la que probablemente sea su obra más significativa: *La muerte de Artemio Cruz*. Pero lo que más llama la atención, por encima incluso de los precisos comentarios sobre la obra, es esa profunda amistad mutua que se exhibe en el texto. Es la vertiente humana de la escritora, que en este caso pone de relieve su compromiso con los amigos más allá de fronteras geográficas y temporales. Y al lado de ello se muestra la importancia de los sentimientos y de los afectos. Porque la amistad atañe tanto a Carlos como a su esposa, Silvia, y es tan fructífera como explica Nélida en el siguiente párrafo:

“Aprendo con ellos a oír el diapasón secreto de los sentimientos. Y dondequiera que cada cual esté navegando, seguimos juntos, nos hablamos, nos comprometemos con el futuro de la amistad. De una amistad que me ayuda a vivir. Pues soy lo que los afectos me pautan y me dicen.” (p. 133)

En “El escriba Mario” Nélida Piñon hace un homenaje a Vargas Llosa por medio de una reflexión sobre su novela *El hablador*, pero antes señala de forma certera los rasgos más significativos de su quehacer literario. En este sentido subraya su maestría en el arte de novelar, su dominio prodigioso de la técnica y esa manera suya, tan sabia, de mezclar realidad y ficción para convertirlo todo en creación ficcional, asunto que Nélida describe con extraordinaria claridad:

“Mezcla, con maestría, intenciones biográficas con reminiscencias históricas, memorialísticas, inventivas. Transforma lo real y lo somete a los dominios de la ficción, para construir, como consecuencia, un mundo con combinaciones estéticas independientes. Un universo originario de la realidad de los hombres, al cual su ficción retorna para ganar sustancia y credibilidad.” (p. 213)

Al lado de estos autores, además, Nélida Piñon proclama su rendida admiración por la figura de Cervantes, padre de la novela moderna y creador de personajes que mantienen intacta su fuerza humana y literaria a pesar de los siglos. Dulcinea es figura clave, inventada por el caballero de la Mancha que es también invención del genial escritor, y

representa lo inasible, puro andamiaje verbal. Y frente a ella Maritornes es reflejo de la carnalidad más rústica, despojada de toda idealización. Ambas, Dulcinea y Maritornes, son observadas por Nélida a través de la mirada certera de Sancho, que no entiende la transformación que ve su amo, pero que observa como nadie con los ojos de la realidad. En “Dulcinea, la agonía de lo femenino” Nélida Piñon elabora una recreación de la obra de Cervantes en la que reflexiona sobre cómo es la realidad y cómo podría haber sido de una manera muy pirandelliana, mientras se sirve de uno de sus temas predilectos: el de las fructíferas relaciones entre la literatura y la realidad. En “El afortunado Sancho” se centra más en la figura de este personaje masculino, y lo hace por medio de una forma de análisis en la que se afirma la universalidad tanto de Sancho como de don Quijote, al tiempo que revela cómo cada uno de ellos es la mitad de un todo indivisible donde se sitúa la patria de la escritora:

“Y por eso me permite confesar, en cualquier lugar donde esté, que soy Sancho cuando no soy Cervantes. Y que soy don Quijote, cuando dejo de ser Sancho. Pero que en períodos altisonantes –que siempre los hay en la vida de un escritor-, puedo ser simultáneamente los dos. Y esto porque si llevo a uno de ellos solamente en el equipaje de viajera, me quedo coja: no sabría escribir las novelas que quiero. Pues sólo puedo atreverme a escribirlas si tengo a don Quijote y a Sancho como parámetro absoluto. Porque lo absoluto, en la narrativa, me llega a través del absurdo del genio de Cervantes.” (p. 103)

En relación con los autores resulta interesante destacar la importancia que concede Nélida Piñon a la clasicidad como fuente de la que emana la cultura occidental. Por eso en la obra aparecen referencias continuas a Homero, a Sócrates, a Aristóteles, a Ovidio, a Virgilio... No se trata de alusiones superficiales, sino que, por el contrario, reflejan un conocimiento interiorizado y fértil del mundo antiguo, capaz de hacer brotar ideas que lo vinculan con la modernidad, porque en el fondo subyace el concepto de una civilización continuada, en la que cada individuo ofrece su aportación para que el flujo de la historia siga su curso sin pausa.

En *Aprendiz de Homero* Nérida Piñón demuestra tener una amplísima cultura en el más vasto sentido de la palabra, porque habla con el mismo aplomo del mundo clásico, de la conquista de Brasil, de literatura española, mexicana o brasileña, de arquitectura, de la organización de las ciudades americanas, de la Biblia o de Teoría literaria, y todo ello, además, con pleno conocimiento de causa y con absoluto rigor. En “La magia urbana”, por ejemplo, alude a los espacios físicos que los hombres organizan para vivir, y se refiere a ciudades reales, que existen en los diferentes países, pero también a esas otras que han sido creadas por la imaginación de los escritores y que se han convertido en espacios fundamentales del imaginario colectivo. En ocasiones la ciudad real se convierte en un lugar mítico donde el escritor acrisola las vivencias de sus personajes - convertidas también ellas en entes de ficción a fuerza de ser recreadas- y donde de nuevo se produce esa mezcla de lo real y de lo imaginado que tan prolijamente aparece en *Aprendiz de Homero*. Así lo expresa Nérida en “La magia urbana”:

“Estas ciudades latinoamericanas crecieron con una tupida carga mítica, atrayendo el protagonismo novelesco. Pero, al tornarse también personajes, al margen de los personajes engendrados por los autores, ellas se convirtieron en nichos del intenso imaginario continental.” (p. 278)

Pero al mismo tiempo, la imaginación de los escritores ha dado origen a ciudades enteramente inventadas, lugares como Comala, Macondo o Santa María que ya forman parte del imaginario colectivo y que se han convertido en carta de presentación visible e involuntaria de la América Latina:

“Hijas de la realidad o de la creación, Comala y Macondo fluyen y refluyen en la memoria humana. Ellas impulsan a la literatura a incorporar a América Latina a sí misma. Y, como cómplices activas del imaginario colectivo, reparten su legado diario por medio de la magia, de los sobresaltos, de los intraducibles enigmas que emanan de su fascinante caos. Ellas son, hoy, la cara visible de las Américas.” (p. 279)

Como muestra de la importancia que concede Nélida Piñon al asunto urbanístico, en “Trampa del olvido” vuelve a recuperar estos dos tipos de espacios, mezclando una vez más la realidad y la literatura, las ciudades reales y las imaginarias, los espacios y los tiempos como sucede a lo largo de toda la obra:

“Inventos urbanísticos que desafían las ordenanzas españolas, que, en el pasado americano, impedían a América nutrir fantasías y caprichos susceptibles de provocar situaciones conflictivas. [...] Así, mientras las ciudades de la América española iban naciendo por un acto de voluntad, del expreso deseo de España de organizar el mundo conquistado, [...] la villa de Macondo, de García Márquez, daba libre curso al caos ciudadano.” (p. 288)

Otro asunto clave de *Aprendiz de Homero* es la presencia de Brasil y de lo brasileño como origen personal de Nélida Piñon, como patria acogedora a la que siempre es placentero regresar y como punto en el que todo confluye. “Brasil es mi morada” se titula el discurso pronunciado en Santander con motivo de la recepción del Premio internacional Menéndez Pelayo en 2003, y otro discurso, el expuesto en Oviedo con ocasión de la entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras correspondiente al año 2005, se inicia con unas palabras que recogen el ideario de la autora sobre su patria:

“Procedo del Brasil y reverencio la majestad de la lengua portuguesa. En este idioma saludo a Dios y a los hombres.” (p. 291)

“El descubrimiento del mundo” es un artículo muy revelador de lo que representa el Brasil profundo para Nélida y en el que ella respalda abiertamente los valores educativos, proclamando a los cuatro vientos la importancia que a su juicio tiene la formación para un pueblo. Es un panegírico en defensa de la educación y de la labor de los profesores, y sobre todo es una apología de la necesidad de la educación en un país como Brasil. La cultura, revela Nélida, es el hito fundamental de la separación de clases, porque el que tiene información y ha aprendido a administrarla y a utilizarla es capaz de “captar la realidad y analizar su conveniencia” (p. 198). Brasil es un país que necesita especialmente la educación y la cultura, como proclama una autora lúcida y

comprometida con su país natal y con los hombres más desfavorecidos desde el punto de vista social:

“Difícilmente el Brasil será una nación soberana si no proclama la cartilla escolar como una palanca simbólica. Sin ella, una legión de desesperados, defraudada en su fe en el sistema social, habrá de refugiarse en la violencia, en la muerte precoz. Para estos sublevados, la celda, que sustituye a la educación que redime al hombre, se vuelve una despiadada carta de emancipación.” (p. 194)

Si Brasil se presenta como patria de la escritora, lugar de nacimiento y espacio en el que se ilustra en la lengua con la que se enfrenta al mundo y lo comprende, también celebra Nérida Piñón sus orígenes españoles, y más concretamente gallegos, porque en Galicia está la cuna familiar, la tierra de los ancestros y el espacio de la nostalgia donde tiene cabida lo mítico. Al final la autora se confiesa miembro de la estirpe humana, ciudadana del mundo, pieza de un espacio en el que habitan todos los seres humanos y que engloba lo vivido y lo imaginado, lo sucedido y lo que fluye de la fantasía:

Mi letanía diaria es celebrar las leyendas de mi casa gallega, de mi país, de toda la tierra que aspiro a conocer. La condición humana me obliga a retornar a los sitios de los que partí, aunque jamás los hubiese visitado.” (p. 291)

Pero lo que hace especial a Brasil es que en este lugar se acrisolan todas las culturas que, unidas, enriquecen a los pueblos: ibéricos, latinos, griegos, árabes, indígenas africanos... todo lo cual hace confesar a la autora finalmente:

“Ante todo, soy una escritora brasileña. Cargo a mis espaldas el sentir arcaico de quien aspira la brisa que llega de las costas brasileñas, en tanto que es heredera de todos los que cedieron los fundamentos civilizadores. Y mientras navegue por memorias arqueológicas, no hay peligro de perderme, de olvidar el camino de vuelta a casa.” (p. 89)

Al lado de Brasil, como miembro esencial de este lugar, sitúa Nélida Piñon la figura de Joaquim Maria Machado de Assis, novelista por el que la autora confiesa sentir una especial devoción. Machado y su herencia ineludible se pasean por las páginas del libro impregnando sus páginas de un aroma decimonónico y misterioso, lleno de humana pasión. En “Los enigmas de la identidad” esboza Nélida los componentes personales de Machado, algunos innobles, y explica la grandeza de obras como *Esau y Jacob*, en las que el autor refleja los entresijos sociales, económicos, políticos y culturales de finales del siglo XIX, y todo ello después de haber bebido de los griegos clásicos, del Antiguo Testamento, de Pascal, de Schopenhauer o de Descartes, en los que formó “la base de un pesimismo sin remisión” (p. 46), lo que demuestra que también Machado se educa dentro de una corriente heterogénea que le enriquece y que fortalece su pensamiento. En el ensayo titulado “Troya y Machado” Nélida Piñon cuenta retazos de la vida del escritor, al que presenta como amante de los espacios, de las ciudades de todo tipo de cultura y condición, y sobre todo de Río de Janeiro, que se convierte en la esencia de su ciudad ideal literaria y en una metáfora desde la que observar el mundo, como había sucedido con la Troya de Homero y como sucederá después con el Buenos Aires de Borges. En palabras de la propia Nélida,

“Para Machado de Assis, la ciudad es una poderosa manifestación poética. Un laberinto que favorece sus reflexiones y del cual no quiere salir, atraído por sus zonas de sombra. Un paso obligatorio para el flujo de la pasión humana, pues bien sabe el escritor que el hombre, este enigma histórico, soñó alcanzar una visión cósmica, un orden espiritual, a través de la construcción de las ciudades.” (pp. 238-239)

Otro asunto importante que trata Nélida Piñon en la obra es el referido a la mujer y a su modo de estar en el mundo. Para la autora la mujer es la parte silenciada de la historia que poco a poco, y a fuerza de voluntad, va dejando su huella y su voz, desde el momento en el que Sara se atrevió a desafiar a Dios. En “La sonrisa de Sara” Nélida explica la discriminación que sufrió el personaje bíblico por el solo hecho de ser mujer. Fue por ello por lo que el Señor nunca le permitió ser su interlocutora, ni siquiera que se

enterara de sus tratos con Abraham. Y es esta injusticia la que obliga a Nélida a defender a Sara, y así nos cuenta cómo se vale de su inteligencia para poder medrar y para que no la amargue ese trato de inferioridad. Al final Nélida nos muestra a una Sara triunfante porque es capaz de sonreírse de la ocurrencia de Dios de concederle un hijo cuando pisa el umbral de la ancianidad. En “La memoria secreta de la mujer” Nélida recupera esa situación de Sara ajena al conocimiento de la Alianza. El texto reivindica a la mujer como elemento esencial para el conocimiento de una parte de la historia, y supone un repaso de la figura femenina a través de los personajes de la novela *La república de los sueños* (1982), cuya autora es la propia Nélida. En el ensayo titulado “Jesús” la autora se reconcilia con la figura del Hijo, al que defiende porque siempre amparó a las mujeres y comprendió el papel de éstas en el mundo. Es hermosísimo el fragmento en el que se explica cómo Jesús entendió qué significa ser hombre gracias a la presencia de la mujer en su vida, como se puede observar a continuación:

“A la sombra de María y María Magdalena, tan opuestas entre sí, Jesús aprende la función de ser hombre. Define mejor su intensa y fugaz humanidad en el regazo de aquellos sentimientos. Junto a ellas se apiada de la tragedia de la carne. Su palabra incandescente les asegura amor, cuando se despide, en Jerusalén, para sumergirse en la eternidad de su padre.” (p. 167)

María y la Magdalena, la madre y la mujer carnal, ambas ayudaron a Jesús a aprehender qué es ser hombre en toda la dimensión de la palabra, tanto la que le profesó amor maternal como la que manifestó amor humano y a la que redime de sus faltas porque es capaz de comprender “la tragedia de la carne”. Todavía en “La brasileña” Nélida Piñón recupera la figura femenina y elabora un canto a la mujer universal, aquella que desde antiguo ha tenido la misión de mantener el hogar y a la familia, de recoger la memoria del pasado, de guardarla y transmitirla, y que, poco a poco se ha convertido en motor necesario de la sociedad. Retratarla en la imagen de una brasileña, la mujer universal se dibuja aquí desde la perspectiva de su evolución personal y social, representada en los cambios que como colectivo ha ido configurando su idiosincrasia a lo largo de los siglos. Aparece entonces una Nélida comprometida con su género,

orgullosa del progreso de sus congéneres y del mantenimiento, a pesar de esos avances, de las señas de identidad de lo femenino.

Finalmente, otro de los asuntos importantes sobre los que trata Nélida Piñon en *Aprendiz de Homero* tiene que ver con su concepto personal de la creación literaria. En “Arquímedes, el buen reportero” se refiere a sus orígenes. El periodismo es la profesión para la que se formó desde una perspectiva académica, y Arquímedes el reportero de un conocido diario de Río de Janeiro que en su infancia la empujó por el camino de la escritura. Si por una parte afirma Nélida sin ambages la ficcionalidad de la literatura (“El inventar forma parte de mi oficio. Mentir, sin ninguna consideración teológica” –p. 69-), por otra confirma que el periodismo la aproximó hacia la escritura de la experiencia tanto personal como de la comunidad humana, y que la lectura de los diarios hizo nacer en ella una preocupación social y fomentó su preocupación por los conflictos humanos. El periodismo, en definitiva, le mostró el camino para fundir los conceptos de creatividad, memoria colectiva y preocupación social, mientras cumplía la importante misión de impedir que de la escritura fueran erradicadas las voces más populares. Por todo ello se muestra agradecida:

“Estoy, así, agradecida al periodismo. A fin de cuentas, fue leyendo diarios como aprendí que la noticia es portadora de un ansia humana, susceptible de corresponder a un sustrato colectivo. Y que el diario, en su esfuerzo por dar curso a su índole de relatar, ocupa espacios sociales, impide la desaparición de los pormenores reveladores de la memoria colectiva. Además de combatir los espectros desconcertantes de la naturaleza humana, el diario impide igualmente que el vacío [...] silencie la palabra, moldeada por el barro de la expresión popular.” (p. 78)

En “La memoria secreta de la mujer” Nélida Piñon se proclama sin complejos hija del lenguaje y de la imaginación y creadora de un discurso propio e intransferible. Se trata de una forma personalísima de utilizar las palabras que responde con fidelidad a su modo de ser, a su esencia femenina y al recuerdo del pasado, como ella misma expone en este fragmento:

“A lo largo de los años me enfrenté al desafío de crear un lenguaje autónomo, esencial, irrenunciable, nacido de mi visión literaria, al que debía conferir una especulación armónica compatible con la intimidad de mi corazón y de mi pensamiento de mujer. Un lenguaje que, sin descuidar la arqueología de la memoria, expresase mi semántica y mi representación teatral.” (p. 117)

Por medio de la literatura expresa Nélida Piñon ese ser suyo desbordante que todo lo abraza, pero también es la forma de sentirse solidaria con los más desfavorecidos y de representar otras culturas ajenas como se refleja en “El descubrimiento del mundo”. Y si el acto de crear es fundamentalmente solitario (ella misma afirma aceptar con resignación la soledad que del mismo proviene –p. 181-), en la lectura se produce el encuentro con el lector, con miles de lectores desconocidos que probablemente pasarán a ser cómplices de la autora, de su escritura y de su forma de mirar el mundo. De cualquier forma la lectura es un acto complejo que nunca sucede de forma impune, sin consecuencias para el que lo aborda:

“Al fin y al cabo, la lectura jamás es un acto inocente. Son tantos los riesgos que se encierran en el acto mismo de leer, de abrir un libro, de tornarse lector. Y si de cada página emana tanta pasión, ella no proviene del capricho del autor, que defiende una riqueza que no está implícita en la vida.” (p. 181)

En “La epopeya de la lectora Nélida” la escritora confirma su pasión por la lectura de la que deriva su pasión por la escritura. Todo parte, no obstante, de un deseo ancestral por el arte de escuchar las historias de los ancianos, que estos, a su vez, habían escuchado de sus antepasados en una cadena inagotable de sabiduría y placer (“Debo a los viejos de mi infancia el placer de oírlos hablar como si fuesen un viejo volumen que yo tuviese entre las manos” –p. 206-). Porque las historias, primero orales y después escritas, amparan y preservan el pasado, al tiempo que dan razones para vivir a los hombres del presente. De ahí el extraordinario valor que concede la autora a la narración de historias, hecho que reviste de un claro sentido de trascendencia. Pero

además, la literatura consigue que la lectora Nélide, y con ella cada lector, amplíe su horizonte vital haciéndole sentir experiencias ajenas, y vivir lo que de otra manera le sería imposible, como ya había afirmado Aristóteles en la *Poética*. Así lo expresa la autora:

“A partir, entonces, de esa naturaleza libresca, yo exigía que estos viejos volúmenes me desalojasen de mi eje, me proporcionaran una dosis mínima de delirio. Para ello cobraba aliento de los agotadores héroes de las novelas, para proseguir en la pedregosa jornada impuesta por sus propios textos.” (p. 255)

Pero en el libro hay mucho más. La autora reflexiona sobre personajes imprescindibles de la literatura universal y descubre claves sobre creadores mientras elabora lecturas perspicaces sobre sus obras. Al final reaparece la figura de Homero que cierra el texto formando un círculo perfecto. Todo parte de este griego universal que en la clasicidad dispuso los sentimientos de los hombres y describió maneras de estar en el mundo. Por eso Nélide Piñon se considera su aprendiz en una expresión de humildad cargada de sabiduría, al tiempo que se sitúa en el flujo dinámico que acoge a los herederos de la antigüedad y los coloca en el lugar que la historia les ha reservado.